

# Bibliografía

## UNA EVALUACION DE LA REVOLUCION MEXICANA EN LOS AÑOS CUARENTA

*Congreso de Crítica de la Revolución Mexicana, 1945*, HORACIO LABASTIDA Y ANTONIO PEREZ ELIAS (Eds.). Colección Naucalpan (s.p.i.), México, 1970, 184 pp.

En octubre de 1945, un grupo de jóvenes mexicanos, encabezado por José Rogelio Alvarez, organizó y celebró el Congreso de Crítica de la Revolución Mexicana, para "dar cauce a un impulso de la actual generación universitaria, preocupada por encontrar los fundamentos ideológicos de una actitud vital frente a los problemas de México". El Congreso se celebró con la participación de 120 delegados "invitados por el Comité Organizador" y agrupados en cuatro comisiones. La lista de los delegados recoge gran cantidad de nombres que en los años posteriores destacaron relevantemente en el terreno académico y en el político. Se tiene la impresión de que el Congreso reunió una muestra muy representativa de la juventud mexicana estudiosa de mediados de los años cuarenta.

Para los organizadores del Congreso, la Revolución mexicana enfrentaba, en 1945, "un momento de crisis, un duro trance de revalorización, acentuado acaso por influjo de las circunstancias internacionales", que obligaba a "medir y pesar, valorar e interpretar los más agudos problemas de México". Los trabajos del Congreso se sujetaron a un temario dividido en cuatro aspectos, que correspondieron a las cuatro comisiones organizadas: "La política", presidida por Fernando de Rosenzweig y con participación, entre otros, de Pablo González Casanova, Luis Echeverría y Wilberto L. Cantón; "La economía", presidida por José Atolini y con participación, entre otros, de Ifigenia Martínez y Juan Noyola Vázquez; "La educación", presidida por Fernando Fuentes Galindo y con participación, entre otros, de Emilio Uranga y Julián Díaz Arias, y "La sociedad", presidida por Manuel Calvillo y con participación, entre otros, de Enrique González Casanova, Guadalupe Rivera Marín y José Iturriaga.

La presidencia del Congreso fue conferida a Luis Correa Saravia, la Secretaría General a Alfonso Zahar Vergara y José Rogelio Alvarez presidió una "Comisión de Iniciativas", que tenía a su cargo la coordinación de los trabajos del Congreso.

En la presentación de este volumen, los editores, Horacio Labastida y Antonio Pérez Elías informan que el Congreso

propicio para toda clase de discusiones y polémicas" y se apreciaba una cierta "atmósfera de temor"; sin embargo, "la brillante juventud de entonces mostró poseer una clara conciencia de sus responsabilidades y una sabia idoneidad para normar su conducta de acuerdo con las exigencias del momento histórico". Un momento histórico, se nos recuerda, particularmente tenso tanto en el plano internacional, como en el de la política mexicana y en el de la propia vida universitaria. De esta suerte, a pesar de que el Congreso advirtió que "nada tiene ni nada pretende tener que ver con los intereses políticos electorales del momento", se vio indefectiblemente insertado en ese momento político.

La inauguración del Congreso estuvo dominada por los mensajes del rector de la Universidad, Genaro Fernández McGregor, y de los ex rectores Alfonso Caso y Gustavo Baz, en los que los prologuistas advierten "un tono paternal que intentaba, quizá compensar cierta inquietud por las consecuencias de aquello que los adultos de la época tenían tan sólo por una nueva travesura estudiantil".

De los trabajos del Congreso, el volumen recoge algunas de las ponencias, las conclusiones resultado de los trabajos de las comisiones, algunas intervenciones particulares y algunos votos de disidencia respecto de la opinión mayoritaria.

Quizá el tema más debatido del Congreso fue el relacionado con la "orientación general de la educación", alrededor del concepto constitucional, entonces vigente, de "educación socialista". Una subcomisión, integrada por Emilio Uranga, Jaime García Terrés y José Rogelio Alvarez, concluyó que el Congreso debería pronunciarse "en contra de la educación socialista postulada por el artículo III [constitucional], por no eficaz y no positiva", y pugnar "por el establecimiento de un sistema educativo basado en el criterio de eficacia que no intente imponer una ideología y mucho menos un dogma religioso". Esta conclusión fue objetada en votos particulares, entre ellos el de Luis Echeverría, quien manifestó que "el artículo tercero constitucional representa un ideal que es preciso preservar y llenar de contenido profundo. . . [siendo inadmisibles que] sea ahora atacado y menos en términos equívocos tan semejantes a los usados tradicionalmente por la reacción", y en el debate general resultó derrotada.

La discusión de las cuestiones económicas en el Congreso se vio claramente dominada por la personalidad y la inteligencia de Juan Noyola Vázquez. En una breve, lúcida ponencia sobre desarrollo agrícola, Noyola presentó criterios que habrían de regir la política agrícola mexicana en las décadas siguientes ("la región agrícola potencialmente más rica en cuanto a recursos agrícolas e hidrológicos de México es el noroeste, pero para utilizarla ple-

namente es necesaria la irrigación, en escala gigantesca"); señaló deficiencias que no han sido aún superadas ("como resultado del atraso técnico y de la baja productividad del trabajo agrícola, el nivel de vida del campesino mexicano es bajísimo"); objetó la orientación y los resultados prácticos de la política agraria ("se han desintegrado las grandes unidades económicas de explotación que fueron las haciendas para convertirlas en minúsculas propiedades incapaces de aprovechar los beneficios de la producción en gran escala"), y expuso con claridad su conclusión ("la verdadera reforma agraria está por hacerse. Urge abrir nuevas tierras al cultivo, tecnificar la agricultura, dotar al campesino de crédito barato a largo plazo y sustituir la pequeña propiedad y la parcela ejidal por sistemas de propiedad colectiva, cooperativas de producción u otras formas semejantes").

Noyola intervino también en los trabajos de una subcomisión de industrialización, que planteó con claridad los problemas de insuficiencia del mercado interno, de desarrollo económico desequilibrado y, quizá, la primera manifestación en este terreno, de necesidad de la integración económica regional: "México debe impulsar un movimiento continental de planes nacionales que empalmen dentro del pensamiento de coordinación económica internacional que es la única forma como pueden inmigrar al país las gigantescas inversiones y recursos técnicos, condicionando su ingreso a las conveniencias nacionales".

En el libro se recogen también diversas opiniones sobre el Congreso y se reproducen diversas noticias periodísticas sobre su desarrollo. Unas y otras, a juicio de los prologuistas, manifestaron una simpatía, a veces condescendiente y a veces paternal. Hubo también, sin embargo, los editoriales y opiniones reprobatorios.

En suma, esta memoria, publicada 25 años después de la realización del Congreso, refleja el interesante panorama de un grupo de jóvenes que, en ese momento, "enriquecieron el pensamiento mexicano y su propia experiencia ideológica y política", y, con ello, "dieron el paso decisivo hacia el mundo de los adultos".—JORGE EDUARDO NAVARRETE.

## LA ALIANZA QUE EXTRAVIÓ EL CAMINO

*The Alliance That Lost its Way*, JEROME LEVINSON y JUAN DE ONIS, Quadrangle Books, Chicago, 1970, 384 pp.

Este estudio, preparado en la primavera de 1970, constituye quizá el primer análisis global, *post mortem*, de la Alianza para el Progreso. Como los autores reconocen, el panorama de las relaciones económicas interamericanas estuvo dominado, en los años sesenta, por un programa, la Alianza para el Progreso, que fue concebida —en términos de la retórica kennediana— como "un vasto esfuerzo de cooperación, sin precedente en su magnitud y nobleza de propósitos, para satisfacer las necesidades básicas de los pueblos de América: techo, trabajo y tierra, salud y escuela",<sup>1</sup> que seis años después trató de ser revitalizada —en términos de la retórica johnsoniana— declarando "los próximos diez años el decenio de la urgencia",<sup>2</sup> y que dos años más tarde fue sustituida —en términos de la retórica nixoniana— por "una asociación en la que derechos y responsabilidades son compartidos por una comunidad de estados independientes".<sup>3</sup>

La Alianza arrojó en su corta vida un balance de completo desencanto: la Alianza no consiguió sus objetivos económicos; no mejoró apreciablemente las condiciones materiales de vida en América Latina; no propulsó el tipo de organización político-social adecuado para impulsar el desarrollo, en fin, no constituyó nunca alternativa viable para los latinoamericanos. En cambio, la Alianza, que desde su inicio se caracterizó por una enorme grandilocuencia, despertó grandes esperanzas y expectativas que, al no cumplirse, alimentaron la búsqueda de otros caminos: bien fueran caminos nuevos, con la participación de los segmentos progresistas de las fuerzas armadas y con una mayor participación popular, o bien fuera el regreso a las fórmulas autoritarias tradicionales, que la Alianza había, supuestamente, combatido. Es claro, entonces, que la Alianza influyó en el desarrollo latinoamericano, quizá a pesar de sí misma y muchas veces en forma contraria a los objetivos establecidos.

En este orden de ideas los autores señalan:

La Alianza, definida como el historial de las relaciones interamericanas en los años sesenta, justifica la desilusión. Aunque tuvo éxito en el objetivo de evitar el ascenso al poder de regímenes de tipo castrista en el Continente, lo consiguió por medios militares, fracasando por completo en el aliento de la causa de la izquierda democrática. Estados Unidos intervino abiertamente en la República Dominicana y menos abiertamente en Brasil y Guatemala para ayudar, no a la izquierda democrática, sino a los partidarios civiles y militares del conservadurismo. En los conflictos entre los gobiernos latinoamericanos y las empresas estadounidenses, Estados Unidos aplicó toda suerte de presiones económicas contra América Latina, sin importar el verdadero contenido de los conflictos. La concesión de ayuda financiera se condicionó constantemente a que los países receptores adoptasen programas de estabilización monetaria, pero nunca se exigieron programas de reforma social. El Congreso y el Poder Ejecutivo de Estados Unidos exigieron el uso de los fondos de ayuda en la compra de productos norteamericanos (particularmente de aquellos que no resultaban competitivos en términos de precio) y en otros empleos que contribuyeran a favorecer la balanza de pagos de Estados Unidos.

Para añadir en otro momento:

Pero aunque la Alianza no pudo conseguir la mayor parte de sus objetivos explícitos y de sus metas específicas [el ritmo de crecimiento económico quedó muy por debajo de la meta de 2.5% anual *per capita*, no hubo mejoramiento significativo en la distribución del ingreso en la región, no se elevaron al ritmo previsto los ingresos por exportación, aumentó el desempleo y la marginalidad social, disminuyó la disponibilidad de alimentos por habitante, aumentó el número de campesinos sin tierra, aumentó el número de niños sin acceso a la educación formal, etc.], tuvo ciertos resultados significativos. Los años sesenta dieron a América Latina una nueva conciencia de desarrollo, que ha alcanzado a grandes segmentos de la población (incluyendo a dos de las instituciones más tradicionalistas de la región: el ejército y la Iglesia). La planeación económica, particularmente en Brasil, Colombia y Chile, ha alcanzado un nivel impresionante de sofisticación y, en todo el hemisferio, los jóvenes técnicos desempeñan funciones importantes en las instituciones del sector público. Al mismo tiempo, el sector privado aloja a una creciente "clase media" de empresarios exitosos y a un número creciente de administradores industriales eficientes.

Los autores pasan revista a la actividad de la Alianza en

1 Discurso de John F. Kennedy, 13 de marzo de 1961.

2 Discurso de Lyndon B. Johnson, 14 de abril de 1967.

3 Discurso de Richard M. Nixon, 31 de octubre de 1969.

muy diversos terrenos. Examinan, por ejemplo, la cuestión de la ayuda financiera y sus limitaciones, el papel de la inversión directa norteamericana, el problema de la reforma agraria y las cuestiones de la revolución urbana. En ningún momento caen en la simple descripción de acontecimientos, sino que relacionan las tareas de la Alianza con el medio político y social en el que se desenvuelven y analizan las causas de los escasos éxitos y de los repetidos fracasos.

En general, Levinson y De Onís presentan un cuidadoso recuento de las tareas que la Alianza cumplió y de las que dejó de cumplir. Analizan cuidadosamente los factores atribuibles a Estados Unidos y los factores atribuibles a los gobiernos latinoamericanos que contribuyeron al fracaso de la Alianza. Empero, aceptan, con cierto candor, que todo esto ocurrió a pesar de la buena intención de todas las partes implicadas.

Seguramente el elemento más objetable del análisis de Levinson y De Onís es el tratamiento que dan a la cuestión de las relaciones entre la Alianza y el proceso latinoamericano de integración económica. Dan por supuesto que, desde el principio, la Alianza adoptó una actitud favorable hacia los esfuerzos de integración. Empero, como bien se sabe, esta supuesta actitud favorable no se materializó en ningún programa de ayuda importante de la integración latinoamericana, la que más bien se enfrentó a la indiferencia y el recelo de los responsables de la política económica exterior de Estados Unidos. En realidad, no fue hasta 1967 cuando el Gobierno norteamericano apoyó oficialmente la integración de América Latina (en la Conferencia de Presidentes de Punta del Este, que por algunos fue interpretada como "las exequias extraoficiales de la Alianza"). Pero aún después de esta fecha el apoyo no ha pasado, en realidad, del terreno de las declaraciones.

En cambio, uno de los elementos más estimables del trabajo de Levinson y De Onís es la indudable objetividad con que se examinan las cuestiones políticas planteadas a lo largo de la exposición. Aunque puede no estarse de acuerdo con el ideal político al que se adhieren los autores, es evidente que adoptan una óptica desapasionada al examinar el amplio y conflictivo espectro político latinoamericano.—JORGE EDUARDO NAVARRERE.

## EL NACIENTE "SUPERESTADO" JAPONES \*

*The Emerging Japanese Superstate*, HERMAN KAHN, Prentice Hall, Nueva York, 1970, 488 pp.

Sería una gran ironía de la historia que, habiendo subestimado la capacidad y las aspiraciones nacionales de Japón antes de la II Guerra Mundial, Estados Unidos empezará ahora a sobreestimarlas; pero igualmente irónico, y posiblemente con consecuencias tan graves como las de hace décadas, sería una nueva subestimación, por parte de Estados Unidos, de la posición y perspectivas de Japón.

Esta cuestión es una de las más importantes a las que se enfrentan tanto los responsables de la política exterior como los hombres de negocios norteamericanos. En la medida en que Estados Unidos, de acuerdo con la llamada "Doctrina Nixon", se dispone a reducir su presencia y actividad en Asia, espera que Japón asuma una mayor responsabilidad como líder y sirva

como un factor de estabilización política en la región del Pacífico. Los hombres de empresa norteamericanos esperan, por su parte, que la actividad comercial y las inversiones japonesas propicien un auge económico en la cuenca del Pacífico y se disponen a adoptar las providencias que les permitan participar y beneficiarse de ese auge.

Los japoneses mismos no parecen estar completamente seguros del papel que les corresponde, o del que desean asumir, a escala mundial. Empero, como señala Herman Kahn, el aceleradísimo crecimiento de su economía les proveerá los recursos necesarios para alcanzar cualquier objetivo que eventualmente se fijan.

Kahn, director del Hudson Institute, es un estratega especialista en juegos de simulación militar, que se ha convertido en una especie de adivino económico y político. En *The Emerging Japanese Superstate*, Kahn predice que Japón superará a la Unión Soviética, en cuanto al volumen de su producto nacional bruto, en algún momento de la década de los ochenta; que superará a Estados Unidos, en cuanto al nivel de ingreso *per capita*, alrededor de 1990, y que para 2000 se habrá convertido en el *dai-ichi* (el número uno). Kahn estudia los posibles módulos de crecimiento y concluye que lo más probable es que se mantenga un crecimiento anual promedio de 9.4% en lo que resta de este siglo, que prácticamente duplica al de cualquier otra nación industrializada importante.

Anticipándose a los escépticos, que seguramente objetarán sus impresionantes predicciones, Kahn alega que los occidentales han adoptado en el pasado actitudes equivocadas con relación a Japón porque equivocadamente han supuesto que los japoneses actúan como los occidentales. Kahn estima que los patrones económicos y culturales y las características sociales de Japón, que incluyen altas tasas de ahorro, alta prioridad a la educación superior, actitud favorable al trabajo y "orientación al éxito", constituyen guías más adecuadas para prever el futuro económico de Japón que el análisis tradicional de las tendencias de su PNB.

Es evidente que la economía de Japón se desarrolla a un ritmo muy distinto del de las economías occidentales, situación que Kahn explica mediante una curiosa mezcla de análisis histórico, político y económico. Empero, Kahn puede estar subestimando el efecto que sobre Japón tendrán las presiones inflacionarias que padecen otros países industriales. Hay ya indicios de que los aumentos de salarios están superando a los incrementos de la productividad en Japón. En dos industrias clave, automóviles y siderurgia, las empresas japonesas se han visto obligadas a reducir sus programas de expansión. Muchos japoneses consideran, además, que los patrones culturales tradicionales, que conceden gran importancia al trabajo productivo y a la lealtad a la empresa o al grupo, se están debilitando bajo la presión social del rápido crecimiento económico.

Por todo esto, parece que Kahn sobreestima un tanto la capacidad de Japón para mantener su expansión económica al ritmo conseguido en los años recientes. Sin embargo, no parece haber razones para dudar de que, en los años venideros, el ritmo de crecimiento de la economía japonesa continuará superando al del resto del mundo industrial. Además, bien sea que Japón rebase a Estados Unidos y a la Unión Soviética o que no lo consiga, de cualquier modo se convertirá en una potencia de primera línea y ésta es la principal conclusión del libro de Kahn. En Washington, Moscú y en las capitales de Europa occidental —aunque todavía no en Pekín— los responsables de la política exterior han descubierto que será Japón, y no China, el

\* La versión inglesa original de esta nota apareció en *Business Week*, Nueva York, núm. 2153, 5 de diciembre de 1970.



país que ejercerá mayor influencia en Asia en las próximas décadas. En su calidad de "futurólogo profesional" y de jefe del equipo intelectual del Hudson Institute, Kahn explica con toda claridad lo que esto significa para las futuras relaciones entre Japón, Estados Unidos y el resto del mundo. En el análisis de Kahn no se encuentra, en ningún momento, el sentimiento de alarma que caracteriza a muchos de los estudios sobre la espectacular recuperación japonesa de posguerra. Kahn acepta que Japón puede dar los primeros pasos para disponer de armas nucleares en la próxima década, pero asegura que no intenta convertirse en una superpotencia militar, sino más bien conseguir una posición de miembro de menor importancia del "club atómico", a la par con Francia y China.

En opinión de Kahn, Estados Unidos y Japón comparten buen número de intereses y objetivos que constituyen la base para una alianza que "resulte útil para las dos partes, al menos durante las próximas una o dos décadas y, quizá, indefinidamente". Aislados, ni Estados Unidos ni Japón pueden asegurar la paz y la prosperidad en la región del Pacífico; reunidos, los dos "superestados" bien pueden crear lo que el primer ministro Eisaku Sato llama la "nueva era del Pacífico".—JOHN PEARSON.

## UN ANALISIS A LARGO PLAZO DE LA ECONOMIA DE URUGUAY

*El proceso económico del Uruguay*, JOSE DOMINGO NOCETO, *et al*, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, Montevideo, 1969, 424 pp.

El presente estudio es la respuesta de un grupo de universitarios uruguayos a las interrogantes que plantea el deterioro económico y social que padece el pequeño país del estuario del Plata desde hace varios años.

En la obra se hace resaltar la existencia de una amplia clase media que favoreció, durante muchos decenios, la solución de los problemas y contradicciones nacionales por la vía pacífica. Paralelamente, se hace notar la persistencia de una clase privilegiada, "el viejo patriciado", que domina la tierra desde antes de la creación del país y que manifiesta una fuerza económica y política indiscutible, no obstante el fortalecimiento de las clases medias en las primeras décadas de este siglo.

Durante el último cuarto del siglo pasado, Uruguay entró a la economía mundial como un país altamente competitivo en materia de exportaciones pecuarias (carnes y lanas). Situación favorecida tanto por las condiciones naturales, suelo y clima, como por la escasa población del país y las bajas exigencias técnicas y de capital de las explotaciones.

La creciente demanda de carnes y lanas en los mercados europeos, durante las últimas décadas del siglo pasado y las tres primeras del presente permitieron a Uruguay disponer de gruesas sumas de divisas y a los estancieros y exportadores acumular considerables beneficios.

En los primeros años de nuestro siglo, un grupo político acaudillado por el Dr. Batlle y Ordóñez tomó el poder e inició una serie de reformas. Apoyado en la clase media Batlle y Ordóñez quería dar satisfacción a las demandas de este importante sector de la población, producto de la inmigración europea. A través de hábiles medidas, el régimen canalizó parte de

las gruesas utilidades de los estancieros al financiamiento de la construcción de obras públicas y a sostener nacientes empresas del Estado, por esos años casi el único empresario audaz del país.

Al fortalecerse las empresas estatales, la clase media obtuvo gradualmente ciertas satisfacciones sociales. Pero también la ampliación del aparato estatal fomentó una enorme burocracia que, con el tiempo, se revelaría desproporcionada a las necesidades y posibilidades del país. Bajo las condiciones expuestas, el país continuó su crecimiento económico hasta el momento de la crisis mundial. El colapso de 1929 reveló la extrema vulnerabilidad de la economía del país.

Después de 1930 el proceso económico de Uruguay se caracterizó por el estancamiento a largo plazo del sector agropecuario y el fomento de la industrialización, basada en la sustitución de importaciones. A partir de la segunda guerra mundial la agricultura de exportación y la ganadería íntesiva (lechera) toman un nuevo papel en la vida económica del país.

El capítulo tercero está formado por un bien llevado análisis comparativo de las posibilidades para incrementar la productividad pecuaria, a través del estímulo a la creación de praderas artificiales, antítesis de las estancias, de explotación extensiva. Sin embargo estas últimas aportan el grueso de la producción ganadera en condiciones de competitividad cada vez más difíciles.

La industria de sustitución de importaciones, estimulada por los desajustes originados durante la crisis de los años 30, se nutrió de la mano de obra especializada y semiespecializada aportada por la inmigración europea, y de la mano de obra no calificada proveniente de las zonas ganaderas.

Los capitales que promovieron las actividades industriales los aportó el excedente dejado por las exportaciones pecuarias. Por esta circunstancia no es de extrañar que, hasta comienzos de la década de los sesenta, las relaciones entre empresarios industriales y ganaderos fueran muy estrechas. Otra fuente de recursos para el financiamiento industrial provino de los impuestos al comercio de importación, relativamente elevado en lo que al país concierne.

Para los autores no hay duda de que las medidas de protección y los estímulos cambiarios a las exportaciones tradicionales son el origen del proceso de inflación que vive el país.

Durante la década 1945-1955 se produce el período de crecimiento más intenso de la industria. A su vez, el proceso industrial estimuló el crecimiento de otros sectores de la economía: el sector agrícola, los servicios y el propio sector industrial.

El sector público continuó manteniéndose como un receptor de desplazados en buena medida, y su peso sobre las actividades productivas quedó de manifiesto al no ampliarse sus propias funciones. Algunas cifras son elocuentes, el número de empleados públicos presenta la siguiente evolución: 17 000 en los primeros años del siglo, 30 000 en 1930 y más de 168 000 en 1955, o sea, casi un 20% de la ocupación total, en un país de dos y medio millones de habitantes.

La magnitud y velocidad del proceso industrial originó presiones sobre la balanza de pagos que no podían ser cubiertas con las posibilidades derivadas de las exportaciones agropecuarias. El estancamiento del desarrollo industrial en los últimos años, no sobrevino en forma gradual, sino adquirió características de crisis económica y social particularmente violenta, "la

resistencia de los distintos grupos a soportar el peso del reajuste es —en síntesis— la historia de la etapa inflacionaria”.

La segunda parte del libro se inicia con las interpretaciones sobre la inflación uruguaya. En primer lugar se expone la tesis del Fondo Monetario Internacional, en segundo, la opinión de los autores de la obra.

El criterio del FMI se basa en el supuesto de la existencia de un nivel de consumo por encima de las posibilidades de la oferta. Un grupo social, el de los obreros y las bajas clases populares, obtenían reivindicaciones por encima de las posibilidades de aumento de la productividad. En consecuencia, la inflación es el resultado de un conflicto entre grupos sociales que reivindican más altos niveles de ingresos.

Para los autores, la inflación es un proceso lógico en un país de estructura capitalista y con una organización dependiente desde el punto de vista internacional. Dentro de este criterio el proceso inflacionario es impulsado por los grupos que están en la cúspide de la estructura social. En consecuencia, los autores responsabilizan de la crisis económica del país, y no sólo de la inflación, a los ganaderos, los exportadores y empresarios industriales nacionales y extranjeros, quienes detentan un poder económico y político suficiente para mantener sus altos ingresos durante las fluctuaciones de precios internacionales de los productos de exportación, a través de presiones sobre el aparato estatal para devaluar y variar los regímenes cambiarios en su favor.

A medida que el proceso se deterioraba, aumentaba la resistencia de los grupos menos favorecidos, obteniendo, obviamente, algunas reivindicaciones, aquellos que estaban más organizados. Durante décadas el equilibrio entre las organizaciones obreras, patronales y el Estado, se mantuvo sin graves sobresaltos, en los últimos años tal equilibrio se ha roto con graves consecuencias para las clases populares.

Entre 1954 y 1961 los aumentos anuales de los precios sumaron 20%, entre 1961 y 1967 el porcentaje de incremento anual llegó a 60%, y entre 1967 y principios de 1969 el aumento sobrepasó de 100%. A pesar de la resistencia obrera, entre 1957 y 1961 los salarios básicos reales se deterioraron en un 16% y entre 1961 y 1968 su nivel perdió 10 puntos más.

De acuerdo con los autores se perseguían tres objetivos con la política inflacionista: redistribuir la plusvalía en favor de los grupos ganaderos y exportadores, conceder a la industria un cierto nivel de protección, y por último, no reducir la capacidad ocupacional del propio Estado. Para los ganaderos, la devaluación aseguraba sus exportaciones tradicionales; para los industriales se mantenía el monopolio interno que supone el régimen de recargos; para el Estado, el aumento de sus ingresos fiscales por exportación e importación. Agregada a esto la congelación de salarios y créditos, la espiral de los precios debía detenerse, pero los hechos demostraron exactamente lo contrario.

Entre otros problemas complementarios de la crisis se encuentra la fuga de capitales nacionales y maniobras especulativas en gran volumen. Los autores estiman, conservadoramente, en 300 millones de dólares las colocaciones uruguayas en el extranjero, hasta 1967.

La inclusión de 75 cuadros estadísticos, muchos de ellos de fuentes directas de universidad, y el número de problemas abordados, ponen de manifiesto que se está ante una obra de consulta necesaria para cualquier interesado en los problemas actuales del Uruguay.— LEOPOLDO GONZALEZ AGUAYO.

## RADIOGRAFIA ESTADISTICA DE LA UNAM

*Estructura de la UNAM: ensayo socioeconómico*, RAMON RAMIREZ GOMEZ y ALMA CHAPOY B., Fondo de Cultura Popular, México, 1970, 105 pp y 61 cuadros.

La Universidad Nacional Autónoma de México es un organismo que en 1969 albergó a 100 000 alumnos, de los cuales 40 000 eran preparatorianos (nivel medio superior), y tuvo un presupuesto de 608 millones de pesos. En 1968, el número total de sus profesores fue de 10 041, de los que 199 (algo menos del 2%) eran de tiempo completo y 253 (2.5%) de medio tiempo; los empleados administrativos de la Universidad llegaron este año a poco más de 8 000 personas. En 1967, el costo promedio por alumno fue de 5 602 pesos y en los últimos años el porcentaje de alumnos regulares no ha pasado del 42% del total.

Tales son algunos de los datos significativos que aparecen en este trabajo, realizado bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Económicas de la propia UNAM y el cual está dedicado en su mayor parte a examinar la situación de los estudiantes de la institución, con base en las estadísticas que la Universidad elabora a partir de los cuestionarios que cada universitario tiene que llenar una vez al año. También se consignan informaciones referentes al personal docente y de investigación y, en muy pequeña medida, a los trabajadores administrativos. Por otra parte, se habla en esta obra de la organización jurídico-administrativa de la Universidad, de su presupuesto y de otros aspectos importantes de la vida universitaria, como los referentes a las actividades de sus centros deportivos y culturales. El ensayo está realizado en forma de comentarios analíticos e innumerables cuadros estadísticos, acompañados de unas “apreciaciones finales” de los autores sobre la información proporcionada.

Resulta útil poder examinar en este libro la organización jurídico-administrativa actual de la UNAM y las diferentes funciones de cada uno de los elementos que las integran: Junta de Gobierno, Consejo Universitario, Rector, consejos técnicos de cada facultad o escuela, etc. En sus apreciaciones finales, los autores proponen algunos cambios que, a su juicio, harían más acorde dicha organización con los fines de la UNAM.

Según se señala arriba, la proporción de maestros de tiempo completo y medio tiempo es verdaderamente exigua en el total del personal docente; asimismo es muy limitada la cantidad de los investigadores universitarios: 329 en 1969. Es válida, entonces, la recomendación de que se trate de mejorar esta situación, así como de que se modifique la tendencia que muestra el ejercicio del presupuesto universitario, ya que los gastos generales y de conservación tienden a crecer y a elevar su participación dentro del total, de un 36% en 1962-63 a un 56% en 1966-67, mientras los gastos en docencia e investigación disminuyen del 46% al 37%, respectivamente.

Resalta el hecho de que siguen siendo las carreras tradicionales: medicina, derecho, comercio, ingeniería, las que absorben un mayor porcentaje de los alumnos inscritos en la Universidad, aunque tal proporción prácticamente se ha estabilizado en el período 1962-1968; en cambio, las nuevas carreras han mostrado un ritmo de incremento más importante, por ejemplo las correspondientes a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales han observado un incremento en la inscripción de 161% en el mismo período.

Por otra parte, si se adopta una división de las carreras universitarias en humanísticas y sociales, técnicas, asistenciales,



científicas, y artísticas, se observa que de 1962 a 1968 las científicas aumentan su participación en el total del 2.9% al 4.9%, las humanísticas y sociales del 39.2% al 42.6% y, lo que es un grave hecho, las técnicas ven descender su participación, del 33.0% al 27.9%. Se indica en el libro que, aparentemente, el acelerado crecimiento del Instituto Politécnico Nacional y de diversos centros privados de enseñanza superior tienen mucho que ver con esta situación. Probablemente también, el hecho de que las carreras técnicas ocupan prácticamente todo el tiempo del estudiante, impida una demanda más activa de esta importante clase de educación por los estudiantes de más escasos recursos.

Los datos que indican la extracción social de los estudiantes universitarios señalan a éstos como provenientes en su mayor parte de familias de empleados, comerciantes, profesionistas y obreros de ingresos medios; los de extracción campesina representan una fracción ínfima del total y que tiende a decrecer; los hijos de industriales y propietarios doblan el número de los hijos de campesinos, y su participación en el total tiende a aumentar.

Las becas otorgadas a los estudiantes de escasos recursos son verdaderamente exiguas en número y monto; de un 2.9% de alumnos que gozaban de becas de algún tipo, no tan sólo de la UNAM, en 1962 se descendió a 1.3% en 1966.

El cuadro descrito muestra de manera general las luces y sombras de ese organismo vivo que es la Universidad Nacional, que no son más que el reflejo de las contradicciones del propio desenvolvimiento del país y, en particular, de las características del sistema educativo mexicano. Si a nivel nacional existen grupos de población para los que las oportunidades de educación no ya universitaria sino aun secundaria o en buena medida la misma primaria— son escasas, difícilmente en la Universidad se podría presentar el caso contrario. Si el individualismo rampante prevalece aún en la sociedad mexicana como un todo, no pueden esperarse manifestaciones de responsabilidad colectiva como el otorgamiento masivo de becas suficientes a los estudiantes de escasos recursos que sean capaces de proseguir una carrera universitaria. Asimismo, no cabe pensar en una reorientación de las vocaciones universitarias hacia aquellas áreas más beneficiosas al desarrollo general del país, cuando las actividades más remuneradas actualmente por la sociedad son las menos productivas en términos de ese desarrollo.

De cualquier manera, el conocimiento de estos hechos puede permitir el encauzar mayores esfuerzos a su transformación.—JUAN JOSE HUERTA.

## TECNICAS DE MUESTREO PARA TRABAJOS DE AUDITORIA

*Manual de Muestreo para Auditores*, DEPARTAMENTO DE AUDITORIA INTERNA DE LOCKHEED AIRCRAFT CORP., Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1970, 136 pp.

El centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos acaba de editar su versión española del *Manual de Muestreo para Auditores* que originalmente elaboró el Departamento de Auditoría Interna de Lockheed Aircraft Corporation y, no obstante tratarse de cuestión que no está estrechamente vinculada a las actividades específicas del CEMLA, no es ajena por completo al ámbito de las finanzas y su difusión será de utilidad indiscutible para los auditores de habla española. Fue el Instituto de Audi-

tores Internos de México el organismo que sugirió al CEMLA la idea de publicar este *Manual*. Con el fin de facilitar su empleo, se estimó conveniente reunir en forma ordenada las variantes terminológicas más significativas que en materia de muestreo se utilizan en los países latinoamericanos, para lo cual se requirió a los bancos centrales asociados al CEMLA que examinaran la versión preliminar del "Glosario" que incluye el *Manual* y le comunicaran sus observaciones; de las respuestas obtenidas, que en la mayoría de los casos rebasaron el campo meramente terminológico para entrar en el conceptual, se han seleccionado las equivalencias de vocablos y designaciones con las que se ha formado un anexo al "Glosario".

El *Manual* es un instrumento que tiende a reducir en los procedimientos de auditoría la cantidad de revisión detallada que se necesita, a la vez que a aumentar la utilidad de los datos en la adopción de decisiones, sin que pretenda ser un profundo tratado sobre teoría de muestreo. Ha sido escrito sobre todo, pensando en el profano o en el insuficientemente preparado en estas materias y se ha alcanzado sencillez en la presentación. Es una obra práctica para la aplicación de planes y técnicas de muestreos básicos (tanto estadísticos como de criterio) en las tareas cotidianas del auditor; una guía de carácter práctico en casi todas las aplicaciones de auditoría. Sin embargo, cuando el caso haga necesaria una determinación más precisa, el auditor deberá recurrir a los textos de consulta de que dispone sobre el tema de muestreo estadístico. Algunas de estas obras figuran en la bibliografía que aparece al final del *Manual*.

La primera parte del *Manual* ("Principios de muestreo") es un examen general del mismo y un análisis detallado que intenta aclarar los conceptos, a menudo confusos, de nivel de confianza y precisión. La segunda ("Planes de muestreo") fija los métodos que se emplean para alcanzar objetivos específicos de auditoría. Se consideran el de atributos, el económico método de muestreo de suspensión o continuación, el de variables, y el de descubrimiento. También se incluyen entre estos planes el de criterio, método que resulta poco agradable al estadígrafo, pero que es vital para el auditor práctico, por lo cual se examina abiertamente y se le confiere la importancia que merece. La tercera ("Técnicas de selección de muestras") señala las que se consideran más apropiadas para llevar a cabo esa selección: el muestreo por números aleatorios (o muestreo irrestricto); el muestreo por intervalos (o sistemático); el muestreo estratificado y el de conglomerados, así como el muestreo mecanizado o de procesamiento electrónico de datos, para ayudar al auditor en su selección de muestras, y se ofrecen algunas normas sobre cómo utilizar la máquina para fines de auditoría.

La cuarta parte contiene extractos de los amplios cuadros que generalmente se presentan en los textos sobre métodos de muestreo, ya que la inclusión de los cuadros completos hubiese hecho de este libro un trabajo difícil de manejar o demasiado voluminoso. Todos los cuadros se presentan en una misma sección del *Manual*, y no junto a los textos que los explican, a fin de que el auditor los pueda consultar fácilmente.

En el apéndice técnico, se examinan los métodos de estimación y se exponen, para el auditor interesado en los aspectos técnicos, las bases matemáticas de algunas de las aplicaciones del muestreo.

Figura a continuación el glosario de terminología técnica del muestreo a que nos referimos al principio de esta reseña. Por último, se ofrece al lector una lista de varios textos de consulta sobre muestreo y estadística, para los auditores que deseen profundizar en los aspectos técnicos del muestreo estadístico, o resolver problemas que el *Manual* no ha considerado.—ALFONSO AYENSA.